

prosperidad sea tanta, que por largas generaciones no solamente nos ahorre el trabajo de pensar en otra dinastía, sino que acarreándonos la felicidad temporal, por su buen uso, nos proporcionemos para los inefables goces de la Bienaventuranza, á donde nos conduzca el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén (5).

#### NOTAS DEL EDITOR.

(1)

Por una desgracia, digna de llorarse sin intermision, se han cumplido casi al pié de la letra todas las predicciones que contiene este elocuente párrafo: el Señor Perez al describir los horrores de la anarquía, lo hizo con tanta valentía y precision como el nunca bien ponderado Ciceron. Destronado el Señor Iturbide, tiraron la máscara las facciones, de dia en dia han redoblado sus criminales esfuerzos, y aun no están extinguidas: tiempo es ya de que todos los megicanos sacrifiquen en las aras de la patria sus recíprocos resentimientos, y uniéndose cordialmente, dén lugar á que la Nacion exán-güe, pobre y abatida, se reanime, y ocupe el brillante lugar que le proporciona su inmenso, rico, hermoso y fertilísimo territorio. Méjico es sin duda ninguna el Paraiso del mundo, y en veinte años de paz llegará á un grado inconcebible de

prosperidad; pero si las facciones continúan devorándolo, se hunde en un abismo sin fondo, y es menester dar un eterno á Dios á la Independencia y á la Libertad. Union, megicanos, Union y mas Union, y nada hay que temer. Desechémos al perverso, sea quien fuere, y metámonos en el corazon al hombre justo, sábio y útil, y de este modo seremos felices interiormente, y respetados de todos los Gabinetes; cerraremos para siempre las puertas de Jano, y las naciones mas dichosas envidiarán á un país que nada tiene que desear, pues Dios prodigó á manos llenas en esta lindísima region sus mas magníficos dones.

(2)

El Exmo. Señor Don Juan O-Donojú, dignísimo del eterno reconocimiento de la nacion megicana.

(3)

El Señor Perez no solo fué un escelente orador, sino un insigne político, y vislumbraba la catástrofe de 19 de Julio de 1824, de eterna ecsecracion y dolor. El sepulcro es el muro en que se estrellan las pasiones: el Señor Iturbide cometió grandes errores, ó se le hicieron cometer, que es lo mas cierto; pero ninguno negará que fué el LIBERTADOR de su patria. La ley atroz que lo condujo al sepulcro era digna de Syla ó Robespierre, y no de los dulces y sensibles megicanos. Por mas de dos lustros fué Méjico teatro de crímenes y horrores inútiles, y el Señor Iturbide, en menos de siete meses, con la espada en una mano y la oliva en la otra, lo hizo independiente. ¡Ojalá que nunca se hubiera separado

de la justicia, ni adornado sus sienas con otra corona que la de sus inmortales triunfos! Entónces no hubiera sido desgraciado, ni nosotros infelices.... ¡Iturbide!..... ¡Iturbide!..... Tu nombre entenece mi corazon, y jamas, no, nunca dejaré de derramar lágrimas sobre tu tumba.... ¡Padilla!.. ... ¡Padilla!.... ¿Quién me concediera echar un negro borron sobre el punto que ocupas en todos los mapas del vasto globo?... ¡Megicanos! .... ¿Es posible que esta haya sido la suerte del HEROE DE IGUALA?... ¡La muerte, y una muerte tan injusta, inesperada y cruel, el premio de sus grandes servicios!.... El marmol y el bronce, la elocuencia y la poesía, la historia y todas las nobles artes deben eternizar su memoria, erigiendole en el templo Metropolitano, donde recientemente se han trasladado sus cenizas, un suntuoso mausoleo: su estatua debe ocupar el lugar de la de Carlos IV y hacerse de oro: su familia volver al país natal, y no sollozar todos los dias, como los Israelitas en las riberas del Jordan, acordándose de su amadísima patria. Seamos justos y agradecidos, de lo contrario, las naciones cultas nos tendrán por los hombres mas bárbaros del mundo, y la posteridad nos cubrirá de oprobio.

(4)

El Señor Iturbide pudo haberse sostenido en el trono mucho tiempo, ó no haber descendido de él, aunque se hubieran derramado arroyos de sangre; pero una sola gota del último megicano pesaba mas en su corazon que todas las coronas del mundo, y las esposiciones de las Juntas Provinciales, que todas se habían pronunciado por el Plan de Casa Mata, le hicieron creer que la naci6n estaba disgustada de

su elevacion; por lo que antes de que el Congreso decretara su expatriacion, la pidió él mismo, para no dar asidero ni pretestos á los partidos que se disputaban el mando, y dejar á aquella en plena libertad de constituirse: le sobraba valor, y aunque la tempestad bramaba horrosamente, la voz del Geefe del Ejercito Trigarante era demasiado sonora, y tal vez habria bastado, para que las tropas pronunciadas no hubieran dado apoyo á las pretensiones de ingratos y criminales disidentes, que engolfados en el proceloso mar de la revolucion, no pudieron resistir sus tormentas; siendo indisputable que los Casas Matistas quedaron burlados en sus esperanzas y no consiguieron sus fines, sin duda ni rectos ni patrióticos, pues algunos de ellos conferenciaron con Lemaur en el Castillo de Ulúa, y quien sabe que acordarian privadamente. Si el Señor ITURBIDE no permaneció en Italia, fué porque el gran Duque de Toscana veía con ceño que habitára en sus Estados, y no sin riesgo, pudo salir de ellos y venirse á Inglaterra, segun refiere Torrente, historiador español, irrecusable en este punto, aunque bastante parcial en otros. Si en Julio de 1824 regresó á su patria, fué porque creyó que su presencia reuniría en una sola opinion á todos los megicanos, que estaban espuestos á ser invadidos por la Liga Europea, llamada Santa por antífrasis, y cuyas miras nunca serán favorables á las Repúblicas americanas: nada consiguió, sin embargo de haberse presentado solo y desarmado, mas de una muerte injustísima, pero gloriosa, pues bajó al sepulcro con la serenidad que inspira una conciencia libre de remordimientos, y pocos momentos antes de espirar, al frente de las balas, con la resignacion de un verdadero cristiano, que no desmaya en los mas grandes infortunios, dirigió á sus queridos

compatriotas la siguiente despedida, que ningún megicano podrá leer nunca sin empaparla en lágrimas, vertidas justamente por un héroe que colocó á su patria en el catálogo de las naciones independientes, y cuyo nombre á despecho de los inútiles esfuerzos de las pasiones más degradantes, recordará en todas las edades tan singular é inapreciable servicio: al morir no se miente, se habla el idioma del corazón, como lo demuestran estos sencillos renglones:

„Megicanos: En el acto mismo de mi muerte os recomiendo el amor á la patria, y observancia de nuestra Santa Religión, ella es quien os ha de conducir á la gloria. Muero por haber venido á ayudaros, y muero gustoso porque muero entre vosotros. Muero con honor, no como traidor: no quedará á mis hijos y su posteridad esta mancha; no soy traidor, no. Guardad subordinación y prestad obediencia á vuestros gefes, que haciendo lo que ellos os mandan es cumplir con Dios; no digo esto lleno de vanidad, porque estoy muy distante de tenerla.”

(5)

Los poseedores de los muchos sermones inéditos del Señor Perez harían un señalado servicio á la literatura nacional, invitando á una suscripción para darlos á la prensa: diariamente suda esta con producciones bien medianas, muchas veces insustanciales, no pocas perniciosas; y escritos hermosos como la luz, dulces como la miel, y que dan honor á nuestro país, yacen cubiertos de polvo en una que otra biblioteca. En fines del siglo pasado murió en esta Ciudad el Dr. Don Francisco Javier Conde y Oquenó, natural de la Habana y

Canónigo de esta Santa Iglesia; acaso fué el mejor orador americano de ese siglo y de los precedentes, y no se imprimió más de uno ú otro de sus sermones, existiendo hoy muy pocas colecciones manuscritas: lo mismo ha sucedido con varias composiciones de otros sábios, y sucederá en lo sucesivo si no se hacen diligencias para darlas á luz. No es dudable que muchos poblanos contribuirán gustosos para la publicación de las obras de un paisano suyo, honra de la literatura y del episcopado, y cuya memoria quedará más esclarecida con este sencillo monumento, que la de los pretendidos héroes, que ocupan largas páginas en la historia, por crímenes reprobados por la moral menos rígida. Desde su juventud anunció el Señor Perez lo que había de ser con el tiempo, y si en edad proveya fué el más precioso ornamento de la iglesia megicana, también brilló en la sociedad como el resplandeciente lucero en el espacio lóbrego de los cielos. España, la culta y sensata España, respetó en las Cortes generales y extraordinarias de 1810 al sábio diputado de la Puebla de los Angeles (\*), se hizo acreedor á la amistad y consideraciones de sujetos muy distinguidos, y mereció el aprecio y confianza del Soberano. Poseía en grado eminente un cúmulo de prendas físicas y morales. Hermoso, risueño, bizarro, dulce, humano, complaciente, político, accesible á toda clase de personas; por lo que fué generalmente amado en sus días, y llorado sinceramente después de muerto. La paz fué el distintivo de su vida pública y privada, por la paz anheló siempre, y un Dios manso, misericordioso y clementísimo, le ha de haber conce-

(\*) Nació el Sr. Perez en ella el 13 de mayo de 1763, y murió en la misma el 26 de abril de 1829.

dido la eterna, segun espresa el siguiente bellissimo terceto, que decoraba uno de los lugares del Catafalco que le consagró su Esposa la Santa Iglesia Angelopolitana en las exequias acostumbradas; terceto digno de los Melendez, Quintanas y Listas, y en él que el autor patentizó su talento y meli-  
fuidad:

*Amó la Paz, y el Ser Inmenso dijo:*

*Al recibir la muerte sus despojos,*

*Vuela Angel de la Paz, cierra sus ojos.*

Amó la Paz, y el Ser Inmenso dijo:  
Al recibir la muerte sus despojos,  
Vuela Angel de la Paz, cierra sus ojos.

(\*) Nació el Sr. Paz en ella el 13 de mayo de 1702.  
murió en la misma el 20 de abril de 1723.

